

*Juan Cuenca, Antonio Escario, Manolo Gallego, Carlos Gil Montaner, Adolfo González-Amézqueta, Secundino Ibáñez, Jaime Lafuente, Carlos Meijide, Rodolfo Segura, Bernardo Ynzenga (alumnos de la Escuela Superior de Arquitectura de Madrid).*

El artículo de Reyner Banham planteó situaciones de la arquitectura contemporánea que, aun no siendo las específicas de la arquitectura actual española, ha tenido la virtud de provocar, en un grupo de arquitectos de los más representativos del momento presente, la necesidad de una toma de contacto.

Al reconocer que la actual actividad arquitectónica española no reúne las condiciones sociales y culturales a que debiéramos aspirar, se planteó la urgencia de verificar una mirada hacia atrás y reconsiderar el panorama de lo que la arquitectura española ha realizado en el tiempo en que ha tenido lugar en el mundo la llamada arquitectura moderna. Naturalmente, si esto significa una revisión de lo ocurrido y el intento de dar una auténtica salida a nuestra arquitectura, estamos también comprometidos en la empresa. Nuestra opinión puede o no ser autorizada, pero creemos que es de nuestra responsabilidad el tomar conciencia de esta situación, por lo que nos hacemos eco de este esfuerzo y nuestra contribución podrá ser efectiva, aunque sólo sea como testimonio de la inquietud que personificamos.

Resalta en primer lugar la anómala situación producida por nuestra guerra, la cual provocó una especial conciencia patria que, junto con otras circunstancias, produjo un aislacionismo y una postura introspectiva de recelo hacia todo lo exterior y de revalorización de lo que se consideró nacional y tradicional.

Posteriormente entraron en España las corrientes y actividades de fuera y se descubrió una arquitectura en grado avanzado de evolución, de mayor o menor acierto y mérito, pero íntimamente justificada y de motivaciones auténticas. Surge entonces una imperiosa necesidad de adaptarse a estas realizaciones, de ponerse al corriente. Debido a este carácter de urgencia se producen asimilaciones o, mejor, adopciones, en la mayoría de los casos sentimentales y arbitrarias, sin conciencia de todos los condicionantes y justificantes que en toda actividad auténtica existen.

En esta crítica situación de multiplicación de atenciones, con total desconocimiento de la necesidad de estimar los factores de aquí y de ahora, se realizó la presente toma de contacto.

El verdadero problema de esta arquitectura actual española es el de la carencia de continuidad y de un significado conjunto que conceda a una obra vitalidad y fecundidad. Es patente el éxito conseguido por figuras españolas aisladas en el campo nacional e incluso internacional; sin embargo, no podemos afirmar que estas realizaciones hayan contribuido al planteamiento de las bases para una arquitectura española.

Este problema, que no es otro que el de la falta de enraizamiento con la propia circunstancia, tiene uno de sus orígenes fundamentales en la formación. La comunidad de intención no en lo puramente formal, sino en los principios fundamentales, no se obtiene más que con una continuidad y autenticidad en las primeras bases de la futura actuación profesional, bases que da precisamente la realización de la carrera.

Podría decirse que la actual generación se encuentra desligada de su pasado. Esto aparece claro e históricamente justificado al considerar que la generación precedente, de la que debería recoger el acervo cultural y la indicación de una problemática a resolver, es precisamente aquella atravesada en su formación por el suceso de la guerra, a consecuencia del cual su acuciante labor ha sido la de la propia reconstrucción.

Resulta, pues, que la generación, en período de estudios actualmente, se encuentra sin maestros, sin unos superiores de prestigio a los que seguir y con los cuales engarzar en una continuidad histórica, puesto que los representantes de la actitud posbélica de introversión y mal entendido conservadurismo tradicionalista siguen teniendo a su cargo gran parte de la dirección formativa. Con la agravante de que lejos de mantener unos criterios acertados o no, pero al menos sentidos, trata de teñir su sentir y hacer de un aparente cosmo-

politismo y actualidad que no les haga parecer desplazados y distintos al resto del mundo.

Esto conduce a una enseñanza de la arquitectura inauténtica y, sobre todo, desprovista de una orientación, de una idea que clarifique y convenza al estudiante del valor de los conocimientos y actitudes que va adoptando en su formación.

Por un lado se le enseña, o más bien se le deja entrever, lo que hace la arquitectura moderna, casi con un matiz de clandestinidad, en el fondo debido a la impotencia para razonarle y explicarle la íntima esencia de estos hechos. Esto trae consigo una ímproba y desordenada labor de información por parte del alumno, en cuya mente, aún no formada, se van acumulando hechos y formas más que razones, creando un aluvión de conocimientos sin ningún elemento crítico ni valorativo.

Por otro lado, estas escapadas hacia la arquitectura actual se realizan dentro de una estructuración totalmente anticuada, en la que los nuevos modos de hacer y de ver no se han incorporado en absoluto. No porque en los proyectos se haya abandonado la molduración y el historicismo clasicista y se busque una inspiración en el maestro de turno se ha de suponer que se piensa y se proyecta con ideas actuales. La actitud del alumno ante el tablero de proyectos puede resumirse en una palabra: desorientación. Esta es consecuencia de fomentar un absoluto autocriterio y una búsqueda de principios total y rotunda en cada proyecto cuando cada obra y cada enseñanza deben ser una adquisición más para incrementar un acervo de valores que sirva para todo lo que venga después y para ir realizando una serie de avances con los que aclarar conceptos y llegar a crear una arquitectura auténticamente moderna y española.

Es frecuente, por no decir sistemático, en cada proyecto o estudio hacer tabla rasa de todo y empezar por tratar de establecer para cada caso un sistema total de valores y primeros conceptos cuando parece lógico que debería ser la finalidad principal el ir asentando precisamente estas ideas con un carácter duradero. En nombre de una amplitud de criterio, de una cierta "honradez" de pensamiento se concluye y acepta encomiásticamente, tanto una solución como la opuesta.

El estudiante llega lleno de esperanzas pensando que sus maestros van a aclararle conceptos, a darle soluciones, a entregarle un conjunto de ideas que ellos mismos han recibido e incrementado. Al no recibir lo que por lo demás no pueden darle, puesto que se encuentran inmersos en el mismo confucionismo ideológico producto de su circunstancia histórica, el alumno dispersa sus esfuerzos y convierte en casi totalmente estéril su período formativo.

De esto se deduce la desorientación del alumno, que,

necesitado de un criterio autoritario, cae en la consulta desordenada de toda clase de revistas y libros, produciéndose inevitablemente un formalismo e inesencialismo muy peligroso. En suma, fachadismo, que, lejos de producir una arquitectura verdadera y entroncada con la propia circunstancia, en el mejor de los casos el del autodidacta con valía individual, da como resultado una arquitectura de estufa sometida a módulos abstractos e indiferente a nuestros datos particulares.

Con esto se liga otro radical defecto de la enseñanza de la arquitectura, que es el del fomentar el "genio" individualista. El apoyo va hacia las personalidades sobresalientes, que demuestran unas condiciones personales de excepción, con desprecio de la formación y puesta en valor del individuo medio, que es en definitiva el que va a dar la tónica de la futura arquitectura. El superdotado, el "genio", recibe toda clase de alientos y apoyos, se presta especial atención a sus posibles desvíos y defectos y se espera conseguir de él una figura de nivel excepcional. Por el contrario, en muchos casos, aunque parezca caricaturesco, el alumno que no resalta por encima de sus compañeros ni deslumbra con sus intuiciones no recibe la menor indicación sobre el camino a seguir, pasando muchas veces desconocido por completo del maestro. Y aquí no es por exceso de número.

Todas estas cosas no son, en resumen, sino diversas manifestaciones de un mismo defecto básico que ya apuntamos: la carencia de una idea directriz. No es lo esencial, como se dice en muchos casos, contar con un cuerpo docente de profundos conocimientos y con un gran apoyo técnico y económico. Lo que siempre ha dado valor y efectividad a una escuela es la existencia de una idea que coordine esfuerzos e intenciones. "Unidad de destino", como tantas veces hemos oído. De lo que está necesitada la enseñanza de la arquitectura, lo mismo que la posterior práctica de la profesión, es de una claridad mental que haga racional y comprensible todo aquello que se pone en práctica. En un mundo tan múltiple y desequilibrado como el actual son imprescindibles la claridad y el orden, y esto no se logra con posturas estérilmente románticas de individualismo e intuitivismo. Y mucho menos en una escuela.

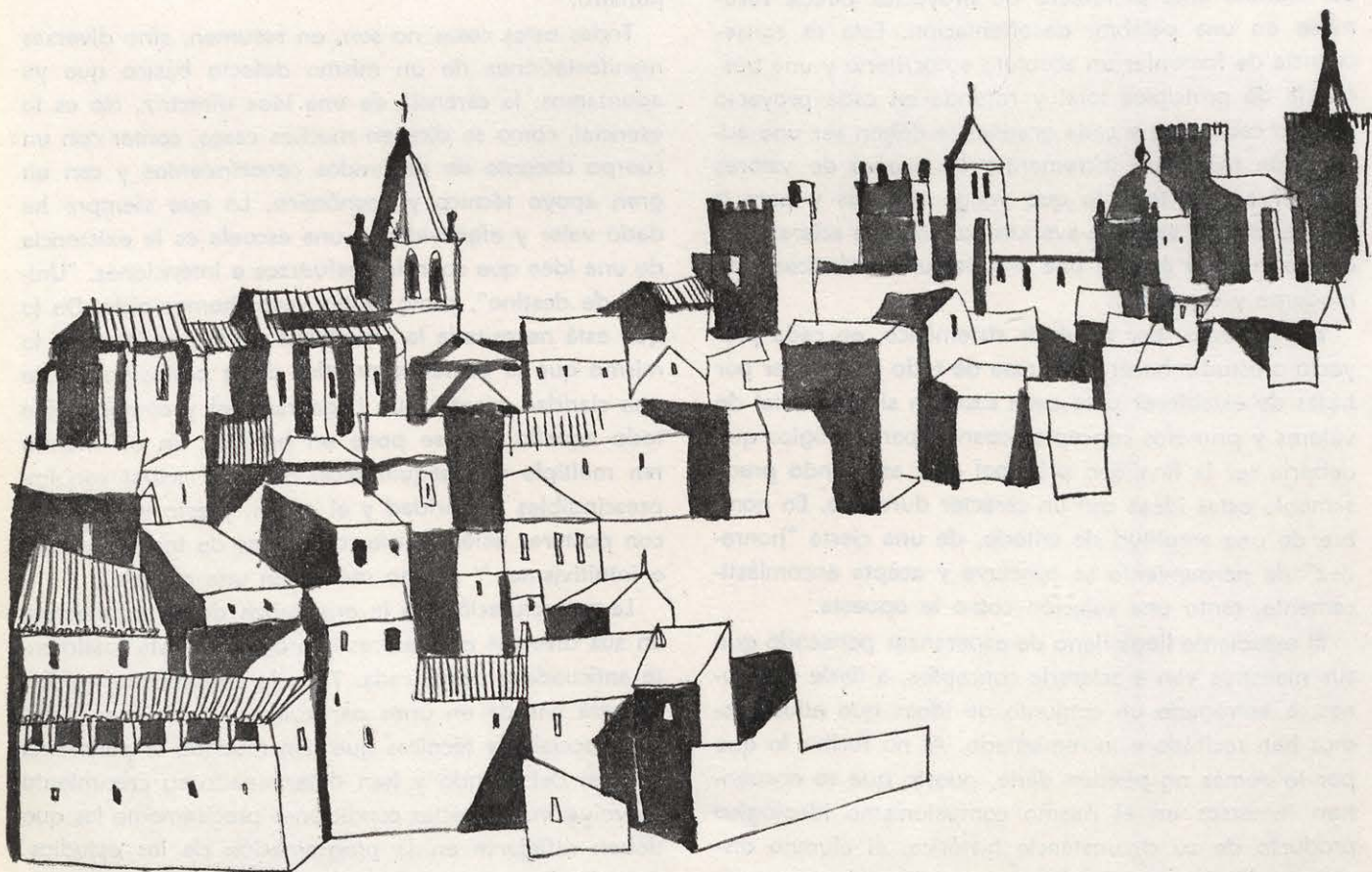
La estructuración de la enseñanza de la arquitectura en sus diversas asignaturas y programas está totalmente anticuada y desplazada. Toda la arquitectura moderna está basada en unas particulares condiciones históricas, sociales y técnicas que han mudado el panorama cultural del mundo y han determinado su crecimiento y evolución. Son estas condiciones precisamente las que deben reflejarse en la programación de los estudios, pero los nuestros están redactados antes, o al menos con conceptos anteriores a lo que constituye el mundo moderno. Esto es manifiesto cuando se aborda el pro-

blema de la selección de los futuros arquitectos. No se puede olvidar que en principio la vocación viene acompañada de determinados privilegios personales completamente ajenos a aquélla, pero sin intentar indagar en tan complejo problema, reclamamos el estudio de un mejor criterio selectivo que dirija desde un principio al alumno que se encuentra en los mejores años de asimilación. Las materias artísticas, tal como se exigen, y que son consideradas prácticamente decisivas, proceden de un sistema que pretende iniciarle en unos conceptos de los que se tiene que ir liberando durante los cursos de la carrera por perjudiciales, con la consiguiente desviación conceptual.

Precisamente la base de los problemas que presenta el artículo de Reyner Banham, pretexto de todas estas conversaciones, es el desarrollo potentísimo de la tecnología en el tiempo actual, hasta el extremo de no poder considerarse ya como un mayor incremento de conocimientos, sino que es preciso admitir que el panorama ha cambiado de plano. Los avances tecnológicos y las nuevas adquisiciones en el campo de la sociolo-

gía han tomado un cariz tal que hace imposible y absurdo el tratar de reducir nuestra actitud a añadir nuevos capítulos a los viejos esquemas. No conduce a nada estudiar la misma técnica en construcción que en el siglo pasado y añadir al final un capítulo de "Técnicas modernas". Hay que considerar seriamente que no puede asimilarse todo el haber de la tecnología contemporánea dentro de una sistematización procedente de épocas artesanales.

A estas alturas y en este estado de cosas parece que sólo puede remediarse el mal mirando a las generaciones venideras, todavía vírgenes de esa visión deformada de nuestra realidad. Por todo esto nos parece fundamental, para solucionar la encrucijada en que se encuentra nuestra arquitectura, un esfuerzo por parte de todos los comprometidos en estas cuestiones, para que las futuras generaciones dispongan de criterios efectivos, conformes con la realidad actual, que les sirvan de apoyo y con una consciente labor de equipo realicen una arquitectura auténtica, al mismo tiempo española y universal.



(Dibujo del alumno Dionisio Hernández Gil.)